

KINLEY MACGREGOR  
CABALLERO  
OSCURO  
LA HERMANDAD DE LA ESPADA I

*Manderley*

*A todos mis lectores, por el aliento que me dan,  
¡muchas gracias! A las mujeres de The Royal British  
Legion, que me hacen reír a diario y me recuerdan que,  
si unimos fuerzas, podemos salir adelante. A los hombres  
y mujeres que visitan mis sitios web y que han  
esperado con tanta paciencia que comenzara  
a escribir los libros de la Hermandad.*

*A mi familia, en especial a mi esposo, que jamás  
deja que me olvide de que, en verdad, lo más importante  
de todo es el amor. A mis amigas, que siempre me han  
brindado su apoyo (Janet, Brynna, Lo, Kim, Rebecca  
y Cathy), y a Lyssa, May y Nancy, que me permiten  
correr riesgos. Sobre todo, a mi familia y amigos  
que ya no están conmigo: los extraño mucho.*

*Que el sol brille constantemente sobre todos  
vosotros. Un abrazo y hasta la próxima.*



## PRÓLOGO

**S**ENTAOS A MI LADO UN RATO, AMIGOS Y PEREGRINOS, porque voy a contaros una historia que muchos de vosotros no conocéis. Se trata de un relato de honor y amistad, de coraje y nobleza, de fortaleza y lealtad. De muchachos que se hicieron hombres, no por haber envejecido, sino por haber atravesado las mismísimas llamas del averno, codo con codo, espalda contra espalda, desafiantes y audaces, compartiendo un solo código de honor:

*Todos sobrevivimos.*

*Todos regresamos a casa.*

*Todos somos hermanos hasta el final.*

Dicen que en el fuego de Satanás se forja el acero más resistente. Yo lo he visto con mis propios ojos, porque en su día fui uno de esos muchachos. Preso en una tierra que muchos llamaban Ultramar o Tierra Santa y rehén de mis enemigos, conocí allí a esos extraordinarios hombres. Había cincuenta en mi celda, apretados unos contra otros, con frío, agotados, abatidos y extenuados, pero no vencidos. No: era imposible vencer a esos hombres.

Nada de este mundo podía vencerlos.

Aunque sabía que eran jóvenes y, en algunos casos, apenas niños, estaban tan demacrados que parecían viejos pordioseros. Tenían la cara surcada de arrugas por el horror y el hambre, las ropas hechas jirones y el cuerpo lleno de cicatrices y sangre debido a heridas antiguas y recientes. Aun así, seguían luchando con una fortaleza de espíritu que nunca ha dejado de sorprenderme.

De los cincuenta surgieron cinco líderes: el Espectro, que se movía furtiva y sigilosamente mientras entretenía a los guardias; el Escocés, que se sacrificaba por otros para que no los castigaran; el Aniquilador, que cuidaba de nosotros y planificaba nuestra huida; el Hechicero, que era capaz de distraer a cualquiera para robar lo que nos hiciera falta, y el Abad, cuyos modales eruditos e inquebrantable fe nos recordaban que seguíamos siendo humanos aunque viviéramos como animales en una jaula inmunda.

Les apodamos *Quinfortis*, vocablo latino que significa 'la fortaleza de los cinco'. Mantenían nuestro espíritu y nuestra esperanza viva todos los días mientras nuestros captores procuraban desmoralizarnos. Sin ellos, ninguno de nosotros habría vuelto a casa. Ahora estaríamos todos muertos. Sin excepción.

Este cantar está escrito en su honor.

El Aniquilador.

Conocí al hombre a quien la Hermandad apodaba el Aniquilador el día en que me apresaron. Le habían deformado tanto la cara a golpes que me recordaba a un horrible monstruo. Sin embargo, sus ojos eran fulminantes: inteligentes y agudos, me calaron enseguida. Me tendió la mano, tal como había hecho con los demás que habían llegado allí contra su voluntad, y me dijo que, mientras él respirara, yo estaría protegido. Lo decía en serio.

La noche en que huimos del averno, se quedaron siete hombres para borrar nuestras huellas. Los *Quinfortis*,

*Kinley MacGregor*

el Fantasma y el Pagano. Mientras nosotros subíamos al bote que nos llevaría de regreso a casa, los siete se enfrentaron con coraje a nuestros perseguidores, sin más protección que las manos vacías. Incluso hoy, años después, les recuerdo claramente a todos, peleando como poseídos bajo la luz de la luna mientras nosotros corríamos a instancia de ellos.

El Espectro, el Escocés, el Aniquilador, el Hechicero, el Abad, el Fantasma y el Pagano: hombres que se negaron a usar su verdadero nombre mientras permanecían en prisión por haber sido reducidos a animales, obligados a pelear para conseguir su escaso alimento, hombres que se debían unos a otros por sus cicatrices y juramentos y por la marca que les habían dejado sus enemigos en la mano derecha para que nunca olvidaran esa época en que fueron bestias.

Sin embargo, la noche de nuestra huida no fueron animales. No fueron hombres ni muchachos. Fueron héroes legendarios, héroes cuyo coraje y desinterés no deben olvidarse jamás.

Ya os he hablado del Espectro en *Midsummer's Knights*, que trata sobre la buenaventura que recayó en Simon de Ravenswood desde entonces. Es hora de que escriba sobre otro: el Aniquilador, más conocido como lord Stryder, conde de Blackmoor, hombre de muchos secretos y fortalezas. Un hombre que ha luchado toda su vida y que aún no se ha dado cuenta de la belleza que hay lejos del campo de batalla.

Y para aquellos curiosos, mi nombre, al igual que el de los otros, permaneció oculto durante mi cautiverio. La Hermandad me puso mi propio apodo especial. Ahora uso mi verdadero nombre de pila, pero, para mi tarea de presentar al mundo los héroes que he conocido, podéis llamarme el Trovador. Soy un bardo itinerante, que busca siempre su propia paz con el pasado y, al mismo

tiempo, se cerciora de que todos conozcan los sacrificios individuales de los hombres que integraban nuestra cofradía.

Así comienzan los relatos oficiales de la Hermandad de la Espada.



# I

**J**USTA DE ARMAS: ¡MIS NARICES! DEBERÍA LLAMARSE JUSTA de idiotas incompetentes —masculló Stryder de Blackmoor mientras iba de la liza a su tienda de campaña. No había luchado en el campo con un solo hombre que hubiera resultado ser un verdadero rival para él. Para el caso bien podría pelear con su hermano Kit, a juzgar por la destreza que mostraban los supuestos caballeros. Era una verdadera pena que un hombre como él no encontrara un adversario digno.

Desde luego, había cuatro hombres en el torneo anual que podían hacerle frente, esto es, los caballeros que viajaban en su compañía: el Cuervo, Will, el Cisne y Val. Pero a aquellas horas por lo único que peleaban entre ellos era por llegar al retrete antes de que los excesos de la noche anterior terminaran por completo con su decoro. Los cinco habían pasado demasiado tiempo en el extranjero, y las tentaciones de la decadente corte inglesa habían sido más fuertes de lo que admitían los hombres de Stryder. Los cuatro caballeros habían estado de juerga y bebiendo toda la noche.

El primero que desapareció fue Will, que había cenado con una viuda rica y voluptuosa. Tras la cena y varias

jarras de aguamiel, se retiró discretamente con su dama a la zaga. Apenas pasada la medianoche, el Cuervo se había desplomado en la sala a causa de la bebida, por lo que Stryder y el Cisne tuvieron que llevarlo a la cama. Una vez que depositaron al joven en su lecho, el Cisne fue a encontrarse con su amada más reciente: una dama a la que el caballero había conocido hacía una hora. Y Val...

Val había terminado borracho con varios hombres del rey. Sin duda, le dolería la cabeza durante una semana o más, a juzgar por la cantidad de cerveza que había bebido. A las tres y media, Stryder había deseado suerte a su amigo y partido hacia su propia cama. No había vuelto a ver a Val desde ese momento.

Por la mañana, cuando Stryder se levantó a desayunar antes de ir a practicar, no vio ni rastro de sus hombres en la sala y ninguno había estado en sus tiendas. A esas alturas, seguramente ya habrían resucitado de entre los muertos y emprendido su regreso. Aunque quizá lo más probable fuera que no.

Cuando se retiraba de la liza de práctica, Stryder se vio asediado por una turba de doncellas que pretendían sus favores. Las había de todas las edades y tamaños, pero algo las unía: la pretensión de convertirse en la próxima condesa de Blackmoor. Cómo deseó Stryder que Simon de Ravenswood estuviera allí para ayudarlo a combatir a esas doncellas frenéticas que alababan sus virtudes abriéndose paso a codazos y brincando para llamar la atención del caballero. Incluso su hermano, Kit, le hubiera sido de ayuda. Aunque, como siempre, no se le veía por ningún sitio. Sin duda, se había ido con los llorones de sus amigos, que sólo tenían pensamientos triviales y necios, a componer canciones tontas y desgarradoras. Stryder ahuyentó rápidamente ese pensamiento para no seguir poniendo a prueba su humor.

—¡Por favor, lord Stryder, elegidme a mí como reina de todos los corazones! —le gritó una joven doncella en

el oído, tirándole de la negra cabellera. Stryder le lanzó una maldición mientras luchaba por liberarse de sus exigentes garras.

—¡No! Seré yo la elegida, ¿no es así, milord? —Stryder no podía responder porque las demás mujeres le gritaban también y lo agarraban y tiraban de sus prendas y brazos mientras que otras se dedicaban a dejar obsequios en la armadura y el yelmo. Por no hablar de los quijotes...

—¡Tengo un rizo de lord Stryder! —gritó una de las mujeres antes de desmayarse. Las demás se abalanzaron sobre ella y una trató de arrebatarle el mechón de las manos. La mujer supuestamente inconsciente la mordió con rapidez y acto seguido huyó con el trofeo.

Ése apenas fue el comienzo del revuelo, ya que otras mujeres trataron de hacerse con su propia porción del cuerpo del caballero. Stryder no quería lastimar a ninguna, pero estaba claro que le sería prácticamente imposible liberarse sin recurrir a la violencia.

—¡Damas, damas! —resonó una voz grave y masculina—. Un momento, por favor, que su señoría tiene que confesar el sinfín de pecados que ha cometido.

Stryder esbozó una extraña sonrisa al reconocer el marcado acento de Christian de Acre. Habían pasado casi tres años desde la última vez que tuvo el placer de ver a su viejo amigo. Con una mueca unánime, las mujeres se echaron atrás y dieron paso al hombre que venía ataviado con el hábito negro, hilado a mano, de un fraile. A pesar del atuendo, cuando advirtieron la figura alta y musculosa de Christian, se les iluminó el rostro.

—Es una pena que sea monje —se lamentó una en voz bastante alta.

—Es cierto —coincidió otra.

Ni siquiera sospechaban que no había juramento sagrado alguno que comprometiera al hombre rubio que estaba de pie en medio de ellas. Christian iba vestido de mon-

je para ocultar su identidad. Prueba de ello eran las espuelas que asomaban de tanto en tanto por debajo de la túnica negra que le arrastraba por el suelo, y la capucha negra que le caía sobre la cabeza, ocultando el hecho de que no tenía tonsura. Christian de Acre no era clérigo, sino más bien uno de los espadachines más hábiles que Stryder había conocido, por no mencionar que en Bizancio, la tierra de su madre, era un príncipe que se encontraba a un paso de subir al trono.

—Abad —dijo Stryder, a modo de saludo, estrechando la mano que le tendía Christian—, ha pasado mucho tiempo.

—Así es —asintió Christian, mientras apretaba con fuerza el brazo de Stryder y le daba una palmada en el hombro—. Así es, en efecto, pero al parecer no has cambiado mucho. —Con sus ojos azules, Christian miró a las mujeres, que todavía se resistían a dejarlos solos. Stryder soltó un suspiro, resignado.

—Cierto, muy cierto.

—Hermano, ¿podrías confesarme luego? —preguntó a Christian una de las mujeres. Era una morena pequeña de curvas exuberantes. La invitación abierta de su rostro indicaba que, si Christian la aceptaba, a la mañana siguiente ambos necesitarían un cura para confesarse.

En los ojos de Christian centelleó un brillo pícaro. Stryder notó que medía su respuesta con cautela. Cuando habló, Christian dijo lo que Stryder esperaba que dijera. Tal vez sus creencias actuales fueran paganas, pero todavía guardaba respeto suficiente por el clero que lo había criado y nunca mancharía su reputación aceptando la invitación de una mujer mientras estuviera vestido con la sotana de un sacerdote.

—Claro, milady. He oído que el cura de este lugar tiene un horario bastante amplio. —La desilusión era evidente en el rostro de la morena—. Ahora, si nos disculpáis,

damas... —Christian se abrió paso entre el grupo, en dirección a las coloridas tiendas que habían montado los caballeros en una colina, fuera de los muros del castillo.

Más de trescientos caballeros habían llegado hasta Hexham para participar en los juegos, que se celebraban todos los años en otoño y se prolongaban durante un mes entero. A diferencia de los demás caballeros, Stryder no había venido en busca de fama ni fortuna: ya tenía más que suficiente de ambas. Había ido a Hexham por orden del rey, para que éste pudiera vigilarlo de cerca, ya que últimamente el caballero había sufrido más «accidentes» de la cuenta. De hecho, alguien quería verlo muerto de la peor manera posible y, hasta que averiguaran quién, Enrique pretendía que Stryder se quedara en su tierra.

Stryder echó un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que ninguna de las mujeres los seguía. Aunque miraban nostálgicas a los hombres que se alejaban, afortunadamente no se movieron.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Stryder a Christian, que tenía una expresión sombría mientras caminaban colina arriba.

—Me temo que traigo malas noticias. Han asesinado a Lysander de Marsella.

Stryder se detuvo en seco al escuchar la noticia. Lysander de Marsella había sido uno de los prisioneros en Tierra Santa. El mismísimo Stryder se había encargado de enviarlo a trabajar a casa de un amigo, en Escocia, cuando la Hermandad lo liberó.

—¿Cómo es posible?

—Lo torturaron y lo asesinaron —contó Christian, con una voz que transmitía todo el peso de la ira que sentía Stryder.

—¿Quién osaría hacer tal cosa?

—Un enemigo del clan MacAllister, de las tierras altas de Escocia —respondió Christian en un tono grave que

provenía del enojo y la pena—. Después de que Lysander y el Pagano ayudaron a Ewan MacAllister a regresar a casa, Lysander fue apresado y asesinado por haber hecho eso. Ahora me dirijo hacia el norte para, junto con el Pagano, encontrar y dar muerte a los responsables.

—¿Necesitas otra espada?

La cara de Christian se relajó instantáneamente.

—Te diría que sí, pero el solo hecho de que estés aquí, en Inglaterra, y no en el continente me hace pensar que tienes asuntos que ver con el rey y que no eres libre de irte.

Stryder soltó un gruñido.

—Sí, pero me pesa mucho que hayan asesinado a uno de los nuestros.

—Créeme: todos compartimos ese sentimiento.

A Stryder no le cabía duda. No habían sobrevivido a los horrores del cautiverio para regresar a casa y que los torturaran y asesinaran. La ira que le provocaba ese pensamiento lo invadía por dentro y le hacía desear una sangrienta venganza.

—Prométeme que harás pagar al culpable.

—Puedes quedarte tranquilo. El Pagano me escribió para decirme que pretendía mostrar al culpable cómo trataban los sarracenos a sus prisioneros.

Stryder hizo una mueca involuntaria al recordar algunas de las «lecciones» que les habían enseñado sus captores. Esos infieles sí que sabían hacer que cualquiera se arrepintiera de haber nacido. Y, si de actos sangrientos se trataba, Stryder dudaba de que alguien pudiera superar al Pagano. Nadie conocía su verdadera nacionalidad, pero todos sabían de su predisposición para cortar los pescuezos que tuviera al alcance de la mano.

—Bien.

Christian le dio una palmada en la espalda y reanudó el paso. Mientras caminaban, Stryder comenzó a quitar las cintas y jarreteras que habían metido las mujeres en la

armadura y el yelmo. Christian se rio disimuladamente al mirarlo.

—Que te persiga el sexo débil siempre ha sido una maldición, ¿verdad?

Stryder lo miró con una chispa en los ojos.

—Creo que debería hablarles del príncipe Christian. Eso me daría un descanso de ellas y sus maquinaciones para desposarme.

—No te serviría de nada, pues ya tengo prometida.

—¡Ja! —se rio Stryder—. La misteriosa princesa a la que nunca has visto. Dime, ¿realmente crees que sigue esperando tu vetusto pellejo?

—Desearía que no, pero mi tío no deja de enviarme cartas en las que me insta a volver a casa y casarme con ella: sé que sigue siendo la doncella obediente que espera pacientemente mi regreso. —La voz de Christian sonó enfadada.

Stryder conocía lo suficiente a su amigo como para saber que él deseaba que la doncella hallara a otro hombre con quien contraer matrimonio. Al igual que él, Christian era más feliz siendo soltero y no pretendía atarse a ninguna mujer. Al menos no durante más de una noche.

Stryder guió a Christian hasta el interior de su tienda de rayas rojas y blancas. Puso el yelmo sobre la mesa y se quitó los guanteletes.

—¿Regresarás pronto para casarte con ella?

Un destello de amargura se reflejó en los ojos de Christian.

—No tengo intenciones de regresar a casa por muchas razones. Puede que sea príncipe, pero no tengo ninguna deuda con ellos. En este momento, me debo únicamente a la Hermandad.

Stryder hizo un gesto de comprensión con la cabeza. La familia había sido el motivo por el cual Christian vivía en un monasterio cuando lo apresaron los sarracenos

en Acre. Al morir sus padres, cuando Christian tenía seis años, su tío lo había enviado con los monjes confiando en que lo pondrían en su sitio y que, de regreso a Bizancio, sería un títere fácil de manipular. El plan no podría haber salido peor: el hombre que Stryder tenía delante de sí era más resistente que el acero y, por ello, nada ni nadie podría dominarlo jamás.

El escudero de Stryder, Druce, entró corriendo en la tienda. Con catorce años, el muchacho tenía un aspecto desgarbado y sus movimientos carecían de coordinación. El pelo, negro y rizado, lo llevaba muy corto, aunque siempre parecía ingeniárselas para que luciera rebelde. Solía andar por ahí soñando despierto y tropezándose con todo. Aun así, el conde nunca perdía la paciencia con él. Al igual que Stryder cuando tenía esa edad, Druce era huérfano y estaba bajo la tutela de la corona.

—Siento llegar tarde, milord —se disculpó Druce agarrando un taburete y arrastrándolo hacia Stryder—, pero ha venido una narradora increíble. Podría haberla escuchado el día entero contar esos relatos de amantes traicionados por las Parcas. —Druce subió al taburete y estiró el brazo para desatar la parte de atrás de la armadura. Stryder resopló al tiempo que se agachaba para que Druce pudiera llegar mejor hasta las correas. Supo exactamente en qué instante éste se dio cuenta de la presencia de Christian. El muchacho se cayó del taburete y casi se lleva a Stryder consigo cuando rodó por el suelo. El muchacho alzó la vista, con expresión de arrepentimiento—. Lo siento mucho, lord Stryder. ¿He interrumpido algo?

—No —respondió Stryder, ayudándolo a ponerse en pie—. Christian y yo sólo estábamos hablando de asuntos intrascendentes. —Le presentó a Christian—. Christian de Acre, te presento a Druce, el escudero que tengo a mi cargo.

—Es un placer, Druce —dijo Christian, antes de cruzarse con la mirada de Stryder. A Christian se le veía aún más preocupado—. ¿Le ha sucedido algo al Cuervo?

—No, hace unos meses lo armaron caballero y ahora duerme una noche de juventud mal llevada.

Con la cara más relajada, Christian soltó un gruñido.

Druce reanudó la tarea de quitarle la armadura a Stryder mientras seguía parlotando sobre la mujer a la que había escuchado.

—¿Habéis oído hablar de la dama del amor, milord?

—No —respondió Stryder.

—Yo sí —interrumpió Christian, sentándose a la mesa y sirviéndose una jarra de cerveza—. Es tu tipo de mujer, Stryder: trovadora de gran renombre, desprecia a los caballeros y no escribe más que del amor cortés y lo mucho que se necesita en estos tiempos de extremada violencia.

Stryder hizo una mueca. Si algo detestaba más que nada en el mundo era a aquellos que predicaban las virtudes del amor cortés. Ese sentimiento, supuestamente noble, había costado más vidas y conflictos que cualquier espada.

—Malditos todos los de su calaña.

—No, milord —le contradijo Druce, con expresión soñadora—. Es más bella que Venus y tiene la voz de la alondra más dulce. Sin duda, no tiene par. Deberíais escucharla hablar sobre cómo sería el mundo si procurásemos la paz con la misma pasión con que hacemos la guerra.

Stryder intercambió una mirada cómplice con Christian.

—Eres joven, Druce. Algún día te darás cuenta de que todas las mujeres son iguales. Lo único que quieren es un hombre que las cuide para que ellas puedan fastidiar y armar peloterías hasta que el pobre se vuelva loco. Sólo cumplen una función.

—¿Y cuál es esa función, milord? —preguntó Druce.

Christian sonreía con ojos divertidos.

—La que pronto descubrirás por tu cuenta, muchacho. Por el momento, eres demasiado joven.

En la boca de Druce se dibujó un pequeño «Oh» que indicaba que el muchacho ya se había imaginado cuál era esa función mientras recogía la malla de Stryder. Stryder le tiró una bolsa de monedas a su escudero.

—Déjale la armadura al armero para que la lustre; luego tómate el resto del día y disfrútalo.

Druce sonrió radiante. Le dio las gracias y salió corriendo con la armadura de malla al hombro y el dinero atesorado en la mano.

—Le consientes demasiado —reprochó Christian. Stryder se encogió de hombros.

—Hay que consentir a los niños. Ojalá lo hubiéramos sabido a su edad.

A Christian se le entristeció la mirada, y Stryder se preguntó si también sus ojos revelaban con tanta claridad las cicatrices de su propio pasado. Al igual que él, Christian había sido criado con un único principio: «la letra con sangre entra». Stryder era capaz de derribar a un hombre adulto de un solo golpe, pero se le hacía un nudo en la garganta con la sola idea de pegar a alguien más pequeño que él. Si se descuidaba, podía matar al muchacho de un golpe. De hecho, el mismísimo señor a quien servía Stryder le rompió la mandíbula cuando éste tenía la edad de Druce nada más que por haber dejado caer la espada de aquel hombre. Él jamás correría ese riesgo. Prefería cortarse un brazo antes que aprovecharse de alguien más débil.

Stryder estaba buscando un paño cuando alguien entró en la tienda. En parte esperaba ver a una doncella que viniera a entregársele, por lo que se sorprendió al encontrar a su hermano menor: Kit no era aficionado a la batalla y solía negarse a pisar la tienda de Stryder. Al igual que Druce, Kit no prestó atención a Christian, que estaba en

un rincón. Vestido con una estridente combinación de rojo y anaranjado, Kit llevaba una canasta grande repleta de cartas y diversas prendas femeninas.

—¿Qué es esto? —preguntó Stryder mientras Kit le depositaba todo a los pies.

Kit se quitó el sombrero anaranjado y se secó la frente sudorosa con el brazo.

—Prendas de tus admiradoras. Me han ordenado que te las entregara en persona y que me asegurara de que no las tocara ningún otro ser humano. —Christian lanzó una carcajada. Kit se dio la vuelta bruscamente y vio a Christian recostado en la silla, con una jarra de cerveza abrazada contra el estómago y las largas piernas estiradas, cruzadas a la altura de los tobillos. El muchacho abrió desmesuradamente sus ojos azules—. ¿Ahora recibes a curas aquí?

—No, Kit —resopló Stryder—. Te presento a un viejo amigo mío, Christian. Christian, éste es mi hermano pequeño, Kit.

Christian inclinó la cabeza ante el hermano de Stryder. Kit no dejó de mirarle en ningún momento, y su asombro fue mayúsculo cuando se fijó en las espuelas y las botas cubiertas de malla que asomaban por debajo de la túnica negra.

Stryder carraspeó para atraer la atención de Kit hacia él. Cuando lo logró, hizo un sutil gesto con la cabeza y lanzó una mirada de reprobación a Christian. Kit entendió de inmediato que no debía hacer preguntas y se volvió, dando la espalda a Christian. Se agachó y cogió de entre el montón una cinta roja, brillante, que venía atada a una llave.

—Ésta en especial me dijo que debía cerciorarme de que recibieras el presente o, de lo contrario, me envenenaría la comida. Así que, antes de contratar a un catador, prefiero asegurarme de que llega a tus manos.

Stryder puso los ojos en blanco mientras Kit cogía la llave y rompía el sello de la nota que venía también con la cinta. La leyó en voz alta.

*Milord:*

*Con gran honor os hago entrega de la llave de mi cinturón de castidad. Buscadme esta noche en el patio de las rosas.*

*Siempre vuestra,  
Charity de York.*

—¿La llave de un cinturón de castidad? —preguntó Christian, divertido.

—Sí —respondió Stryder, con la voz grave por el mal humor—. Y una invitación a una boda forzada como he visto pocas.

Christian volvió a reírse.

—Y te preguntas por qué prefiero llevar el atuendo de monje. Es el mejor escudo que he encontrado para protegerme de las mañosas aspirantes a prometidas, y ni aun así resulta a prueba de tontos, como habrás visto.

Stryder le devolvió la llave a Kit.

—Dile a la dama que tengo otro compromiso. —Kit arqueó una ceja y se dirigió hacia una de las braguetas de Stryder. Éste frunció el ceño cuando vio que su hermano se ponía la bragueta dentro de las calzas—. ¿Qué estás haciendo?

—La última vez que dije que no de tu parte a una de tus aspirantes a amada, ¡casi se queda con mi masculinidad, diantre! Esta vez quiero estar protegido cuando le dé la noticia.

Stryder se unió a las risotadas de Christian.

—No tiene gracia —dijo Kit, con tono ofendido—. ¿Y tú crees que lo que haces es peligroso? Te reto a ponerte en mi pellejo un instante cuando me enfrente a la gran horda de féminas en tu nombre.

—Ésa es la razón por la que te envió a ti, hermano mío. A mí me falta valor para hacerles frente.

—¿Cómo? —preguntó Christian, fingiendo asombro—. ¿Stryder de Blackmoor tiene miedo? Nunca creí que llegaría a ver el día en que una simple doncella hiciera de ti un cobarde.

—El día en que os quitéis la sotana y os pongáis la corona, alteza, podréis mofaros de mí por ello. Mientras tanto, yo también os tengo por cobarde.

Los ojos de Christian no paraban quietos.

—Las mujeres nos convierten a todos en cobardes.

Kit abrió la boca para decir algo, pero debió de pensárselo dos veces. Agarrando un escudo, se dirigió hacia la puerta.

—Si no regreso para cuando anochezca, por favor, aseguraos de que me entierren en esta tierra.

Stryder sacudió la cabeza ante el histrionismo de su hermano, pero y si... ¡Qué va! Ninguna mujer lastimaría de verdad a Kit.

En cuanto se quedaron solos, Stryder se lavó la cara y el pecho en la palangana y luego se secó con un paño.

—¿Cómo es posible, después de todo lo que hemos pasado juntos, que no supiera que tienes un hermano? —preguntó Christian mientras Stryder se envolvía los hombros en el paño e iba a servirse una copa de vino.

Stryder sofocó el dolor que le había provocado esa inocente pregunta. Aunque había compartido gran parte de su vida con Christian, se había reservado cosas para sí, cosas que *nunca* contaría a nadie.

—Somos medio hermanos y crecimos separados.

—Ah —atinó a decir Christian, al tiempo que miraba a su amigo sentarse enfrente de él. A Stryder se le veía cansado. Sus ojos azules revelaban preocupación, aunque después de todo Stryder nunca había sido alegre. Su amigo, que se le parecía mucho, siempre había sido demasiado franco.

Simon de Ravenswood solía llamarlos «el dúo del Juicio Final». Todos ellos habían conocido el lado más oscuro de la crueldad humana. Y, en cierto modo, eso les había quitado el optimismo.

—¿Has visto últimamente al Escocés? —preguntó Stryder.

—En septiembre hará un año desde la última vez.

—¿Cómo le va?

—Igual que antes. —Christian suspiró al recordar a su compañero, que había elegido esconderse en la campiña inglesa en lugar de regresar a su hogar, con su familia, en Escocia—. Lleva una vida recluida y no quiere que le vea nadie. Casi no me dirigió la palabra mientras estuve allí.

Stryder miró hacia otro lado, con gesto aún más atribulado. Christian sabía que Stryder se sentía culpable de lo que le había ocurrido al Escocés durante su cautiverio.

—No fue culpa tuya. —Christian se refería al incidente que tuvo lugar cuando uno de los del grupo intentó huir. Alguien había descubierto la ruta de escape del muchacho, que apenas contaba dieciséis años, antes de que ninguno tuviera la oportunidad de utilizarla. Cuando los sarracenos fueron a por uno de ellos para hacérselo pagar, el Escocés dio un paso al frente para asumir la culpa, sabiendo que el responsable nunca sobreviviría al castigo. Los captores torturaron al Escocés durante quince días. Cuando lo devolvieron a la celda, le faltaba un ojo y tenía unas cicatrices horribles. El Escocés nunca volvió a ser el mismo, y Stryder siempre se sintió culpable por no haber asumido él la responsabilidad—. No puedes cargar con los males del mundo entero, Stryder. Algunas cosas están escritas.

Stryder bebió un largo trago de vino, pero no dijo palabra. No tenía que hacerlo: los dos se conocían desde hacía tanto tiempo que Christian sabía perfectamente en qué estaba pensando. Lo que hicieron fue duro e intermi-

*Kinley MacGregor*

nable. Habían hecho más promesas de las que podían cumplir y ambos se sentían responsables de todos los miembros del grupo.

Era una vida solitaria la suya. Sí, tal vez pudieran tener a cualquier fulana que se les antojara, ya fuese doncella o mujer experimentada, pero... ¿y luego qué? Ninguno de los dos necesitaba ni quería la carga de una esposa que les exigiera aún más de su precioso tiempo. Christian tenía el peso de un reino que algún día le reclamaría, pero Stryder... Stryder tenía demonios que le dominaban, demonios que no le daban tregua. Nunca. Christian confiaba en que no acabasen volviendo loco a su amigo como había sucedido con el padre. Todo el mundo sabía que Geoffrey de Blackmoor había muerto por propia mano, no sin antes haber intentado matar a su propio hijo.